

EL PARTIDO FEDERALISTA EN EL PODER (1789-1801)

CAPITULO III

JORGE WASHINGTON

(1789-1797)

Tan pronto como la aceptación de New-Hampshire, en 21 de junio de 1788, completó el número de nueve Estados que habían reconocido la constitución federal, anunció el congreso la elección de presidente y vice-presidente, fijando la reunión de los electores especiales en el primer miércoles del mes de enero de 1789, y la proclamación para cuatro semanas después, es decir, el 4 de marzo, debiendo tener efecto en Nueva York ínterin se construía una capital federal para la república. Esta última fecha quedó designada para todas las proclamaciones análogas que en adelante se hicieran. Abiertas las papeletas de los electores, resultó elegido presidente Washington y vice-presidente Juan Adams. Washington, en su viaje desde su hacienda de Monte Vernon, en Virginia, hasta Nueva York fué colmado de honores y muestras de cariño; en todas partes recibió felicitaciones, ramos y coronas de flores, y hubo de pasar por arcos de triunfo y obsequios tan contrarios al gusto de aquel modelo de ciudadanos, sumiso á las leyes, enemigo del fausto, atento solo á ser útil á su patria, y tan desinteresado que renunció como en la guerra á todo sueldo.

Jefferson nos ha dejado descrito el carácter de Washington en estos términos: «Su genio era potente y elevado, sin pertenecer á los de primer orden. Su inteligencia era penetrante, sin llegar á la altura de la de Newton, de Bacon ni de Locke. Dentro del alcance de su inteligencia no había criterio más sano que el suyo. Era lento en tomar resoluciones, porque no era hombre de imaginación ni de iniciativa; pero una vez decidido, ejecutaba sus resoluciones sin vacilar. Sus oficiales habían observado que nunca procedía con más acierto que después de celebrar un consejo y oír las opiniones de los otros jefes, que solía escuchar atento y tranquilo para después decidirse por lo que le parecía lo mejor. Ciertamente jamás otro general alguno ha calculado mejor sus batallas; pero si en el curso de la campaña algún suceso imprevisto destruía la continuidad de las operaciones previstas ó calculadas, le costaba mucho volver á unir los cabos sueltos y ajustar las cosas á la variación de las circunstancias. Por eso en sus campañas tuvo frecuentes descalabros y muy pocos cuando operaba contra un enemigo estacionado, como en Boston y Nueva York. No conocía el miedo y arrojaba los peligros personales con la mayor calma y serenidad. La prudencia era acaso su cualidad más notable; nunca obraba sin haber meditado y pesado antes todas las circunstancias y razones, y sin haber quedado satisfecho del resultado de sus análisis y meditaciones; si le quedaban dudas, aguardaba y continuaba observando; pero una vez decidido, ejecutaba su plan á pesar de todos los obstáculos. Su conducta era imaculada, su rectitud inflexible, como jamás he visto otra; no había intereses ni parentesco, ni amistad ni odio que pudiesen influir en sus decisiones. Washington era realmente un hombre ilustrado, bueno y grande; su temperamento sensible é irritable, pero su reflexión y voluntad firme acababan por dominarle. Sin embargo, si alguna vez se dejaba llevar por la ira era terrible... En general era un carácter perfecto, malo en ningún concepto, y en pocas cosas mediano.»

Todos los americanos, sin distinción de partidos, estuvieron de acuerdo en que Washington era la persona más á propósito para guiar la nave del Estado por el proceloso mar de

las opiniones é intereses encontrados. Para Washington estaba ante todo, y sobre todos los partidos, el país. Esto no querían comprenderlo todos, mucho menos los jefes de los partidos, y no faltó quien culpase al presidente de parcial; pero por lo general los descontentos dirigían todos sus ataques contra los ministros como autores de las medidas adoptadas por el presidente.

Bajo el gobierno ordenado y autorizado, instalado ya definitivamente, organizáronse también permanentemente los partidos, cuya actividad se manifestó principalmente en las cuestiones que se rozaban de cerca ó de lejos con la esclavitud y de rechazo en las de Hacienda como medio. Durante el gobierno de Washington y de Adams se dividieron los Estados Unidos para siempre en esclavistas y anti-esclavistas, en los del Sur y los del Norte.

La misión conciliadora de Washington le obligó á dar cabida en su gobierno á jefes de los dos partidos, al federalista ardiente Hamilton, que estaba encargado de la Hacienda, y al jurista virgino Jefferson. La cartera de la Guerra fué confiada al general Knox. Con el tiempo se hizo sistemática la oposición particularista, y entonces se convenció el presidente de que era imposible trabajar con un ministerio de conciliación ó de fusión compuesto de representantes de partidos tan opuestos, porque Jefferson era en secreto el jefe del partido particularista ó demócrata, que públicamente se inclinaba á las ideas predominantes en Francia; por lo pronto, sin embargo, no habían llegado las cosas al extremo, y Jefferson apoyó las medidas de Hamilton.

Durante los primeros años de la administración de Washington absorbieron la atención y actividad del gobierno los cuidados interiores, y en primer lugar la hacienda y el restablecimiento del crédito del país en el extranjero. Hamilton se dijo con razón que la identidad de intereses era el mejor lazo entre los ciudadanos y su gobierno, y no paró hasta haber descubierto un lazo de esta clase, que consistió en hacerse cargo el gobierno federal de todas las deudas flotantes de los diferentes Estados, medida radical y heroica cuya realización exigió un trabajo verdaderamente hercúleo si se consideran las condiciones tan desemejantes de los Estados y de las mismas deudas. Pocos días después de haberse encargado Hamilton de la Hacienda, pidió el congreso un estado de la situación económica, de las obligaciones pendientes y del crédito público. El nuevo ministro presentó su trabajo en enero de 1790 y expuso en él sus proyectos, uno de los cuales era el que acabamos de indicar. A este fin dividió todas las deudas pendientes en tres clases: la deuda exterior, en parte garantida por el gobierno francés y en parte debida directamente al mismo; el empréstito interior, hecho á nombre de toda la nación, y las deudas de los diferentes Estados. La deuda exterior y el empréstito interior ascendían en junto á 270 millones de pesetas, y las deudas particulares de los Estados pasaban de un total de 125 millones. Todo el mundo estaba de acuerdo sobre la obligación que el gobierno de la Unión tenía de pagar la deuda exterior, y si hubo alguna diferencia de opinión fué respecto al modo de hacerlo; pero tocante al pago de las deudas especiales por el gobierno federal hubo grandes divergencias, y hasta excitó el proyecto la indignación muy fundada de las personas rectas, porque desde que se divulgaron los planes de Hamilton se había hecho un comercio activo con los bonos y demás papeles de aquellas deudas. Los primitivos propietarios, entre los cuales figuraban las clases rurales, por suminos, y los soldados y oficiales licenciados del ejército, los inválidos y otros pobres, habían tenido que vender sus créditos con gran pérdida; de suerte que el reembolso de estos vales por el Estado iba á beneficiar únicamente á los

especuladores astutos y logreros. Pero cabalmente los que más se agitaban contra el proyecto de Hamilton eran los que más rehacíos se habían mostrado siempre para defender á los propietarios primitivos de estos bonos. Ni fué el beneficio inmerecido que iban á realizar los especuladores lo que impulsaba á los que hostilizaban á Hamilton y atacaban sus proyectos, sino que comprendían que su realización iba á menguar la preponderancia de los Estados particulares en el concepto público, creando intereses americanos generales y una clase de ciudadanos que tomarían por norte el gobierno federal y sus actos, y no los gobiernos particulares de los Estados. El proyecto de Hamilton fué votado, gracias al apoyo de Jefferson, que conoció al instante su importancia y que no estaba á la sazón comprometido con los particularistas del Sur, que se llamaban entonces republicanos. En cambio cedió Hamilton á su colega Jefferson en la cuestión de la nueva capital y centro del gobierno de la república federal, cuyo emplazamiento se disputaron el Norte y el Sur y que finalmente fué fijado á orillas del río Potomac, que forma el límite de los Estados del Maryland y de Virginia, es decir, que en esta cuestión ganaron los Estados del Sur.

Mucho tiempo duró todavía la agitación, hasta que todos los Estados se hubieron conformado con el traspaso de sus deudas al gobierno federal. En la Carolina del Norte, la Georgia, el Maryland y la Virginia se manifestó la oposición más fiera. La asamblea legislativa del Maryland dejó de adoptar por un voto una proposición que declaraba la tal transferencia contraria á la independencia de los Estados particulares, y el parlamento de Virginia envió al congreso federal una memoria en la cual pidió una revisión de la ley de consolidación y transferencia de las deudas especiales de los Estados, atento á que la ley adoptada por el congreso era contraria á la constitución de los Estados Unidos. Al saber esto Hamilton dijo: «Este es el primer síntoma de un espíritu que matará la constitución si no se logra destruirlo.»

Hamilton no se dejó arredrar por las dificultades ni por el odio de los opositores, que sembraban en las masas la desconfianza contra el gobierno y contra el *monárquico* Hamilton, y en 1790 y 1791 presentó al congreso proyectos de ley sucesivos y relativos á impuestos, al establecimiento de un Banco nacional, al de una fábrica de moneda y á los aranceles de exportación é importación: todos los cuales fueron atacados con la misma violencia y falta de razón por los opositores que la ley antes citada.

Encargada ya la hacienda federal de las deudas, necesitaba ingresos para pagar los intereses, á cuyo fin propuso Hamilton un impuesto sobre los artículos de consumo que fué rechazado por el congreso en 21 de junio de 1790, pero que luego fué votado, el 3 de marzo de 1791, bajo la forma de impuesto sobre las bebidas alcohólicas destiladas en los Estados Unidos. Esta ley suscitó un gran descontento en mucha parte del pueblo americano, para el cual siempre habían sido compañeros inseparables el derecho sobre los artículos de consumo y el absolutismo. El mismo congreso del año 1774 en un manifiesto dirigido al pueblo canadiense, había calificado este impuesto de uno de los males anexos al dominio inglés; y cuando se discutió la constitución no faltaron hombres que negaron al congreso el derecho de gravar con derechos ningún producto natural ni artificial de América. Algunos Estados habían impuesto derechos de consumo, pero el pueblo los había admitido como un recurso de su gobierno local; y siempre los ha repugnado cuando fueron decretados por el gobierno federal, que era en cierta manera un gobierno extranjero para muchos. Hamilton, que lo sabía como todo el mundo, echó mano de este recurso primero para crear los ingresos tan indispensables y luego para acostumbrar á

los americanos á la idea de que el gobierno federal era su gobierno nacional. No hay que decir que la oposición se aprovechó también de esta ley para hacer la guerra al gobierno federal, y en efecto hubo desórdenes cuyas víctimas fueron los recaudadores del derecho sobre las bebidas alcohólicas, especialmente en la parte occidental de Pensilvania, donde los labradores creían que podían destilar en sus casas sus propios productos como elaboraban los demás á su manera, sin que nadie tuviese facultades para intervenir en el asunto. Nombráronse entonces comités para fomentar y organizar una agitación permanente, se celebraron reuniones en que fueron declaradas fuera de la ley todas las personas que contribuyeran á hacer cumplir lo mandado, y hasta se llegó á discutir en muchos puntos la separación de la Unión. El gobierno, viendo que ni con la prudencia ni por medio de concesiones razonables lograba nada, apeló á medidas de rigor. En 2 de mayo de 1792 aprobó el congreso la convocación de las milicias «para hacer cumplir las leyes federales y sofocar los motines é invasiones.» A fin de imponer á los amotinados, que eran en número de 15,000, y sofocar el movimiento sin efusión de sangre, se pusieron sobre las armas 13,000 milicianos; de paso se rebajó algo la contribución, se concedieron algunas franquicias á los destiladores rurales y se restableció el orden sin otro esfuerzo en los distritos insurreccionados.

El establecimiento del Banco nacional fué, en cierta manera, el coronamiento de la política financiera de Hamilton, si bien dió lugar, como las demás disposiciones, á rudos debates entre los Estados del Norte y los del Sur, entre los federalistas y los republicanos particularistas. Estos últimos negaron al congreso el derecho de fundar un Banco nacional privilegiado, mientras los federalistas se ampararon del artículo de la constitución que concedía al congreso el derecho de «adoptar y publicar todas aquellas leyes que fuesen necesarias para el ejercicio de sus atribuciones.» Los adversarios, que deseaban reservar el monopolio de fundar bancos á los gobiernos particulares de los Estados, alegaban además que la población donde estuviese domiciliado el Banco nacional saldría favorecida en perjuicio de todas las demás poblaciones, lo cual estaba prohibido expresamente por la constitución, y que la existencia de un Banco nacional sería para el gobierno federal una tentación que le llevaría á pedirle préstamos. Washington tuvo escrúpulos también, y Jefferson declaróse contra el proyecto; pero el Tribunal Supremo, consultado por el congreso, lo declaró perfectamente legal. Hamilton venció y el Banco se fundó, primero por veinte años, por una mayoría de 19 votos del congreso.

Sin la inteligencia, actividad y energía de Hamilton habría sido muchísimo más lento de lo que fué el desarrollo de los Estados Unidos y acaso no se habría consolidado la constitución federal dando lugar á peripecias incalculables. Gracias al talento y energía del primer ministro de Hacienda de la gran república, se evitaron todos los males; el comercio y las industrias prosperaron rápidamente, la riqueza nacional se aumentó y el sentimiento de la colectividad y de la unión se generalizó y vigorizó, bien que en aquella época no lo comprendieron así todos los americanos.

La cuestión de la esclavitud pareció aplazada hasta el año 1808 con la autorización dada por el congreso constituyente para introducir hasta entonces libremente la mercancía humana. Entretanto no faltaron otros trabajos y complicaciones de política interior y exterior que quitaron á los americanos, y en especial á los hombres públicos, el tiempo y el deseo de discutir la posibilidad ni los medios de abolir la esclavitud en el territorio de los Estados Unidos. Solo insistieron en ella los cuáqueros de Filadelfia y de Nueva York

y la sociedad abolicionista de Pensilvania, los cuales, en febrero del año 1790, presentaron al congreso peticiones a favor de su tema. El congreso hizo pasar estas peticiones a una comision, y no se habria hablado mas de ellas si los defensores de los Estados del Sur no hubiesen querido discutir las. En efecto, los del Sur suscitaron un diluvio de debates en los cuales presentaron otra vez sus gastados argumentos del clima y de los cultivos, que exigian imperiosamente el trabajo del negro esclavo, y dirigieron sátiras a los cuáqueros y a los diputados de los Estados del Norte, que hipócritamente salian a la defensa de los derechos naturales del hombre mientras los comerciantes de su país se interesaban en la trata de negros. Por fin los Estados del Sur declararon que antes de consentir en la emancipacion de los negros, resistirian con las armas toda imposicion en este sentido. Así quedó el asunto, y esto prueba que los Estados del Sur desde un principio estuvieron decididos a defender la esclavitud a todo trance y que sus amigos no tienen razon cuando suponen que la opinion general en el Sur habia sido siempre favorable a una abolicion paulatina de la esclavitud, hasta que la ingerencia de las sociedades abolicionistas provocó la fiera resistencia de aquellos Estados.

Concluidos los cuatro años de presidencia fué reelegido Washington y unánimemente proclamado presidente de los Estados Unidos por otros cuatro años; Adams fué nombrado vice-presidente, si bien no por unanimidad, porque tres Estados del Sur y el de Nueva York votaron por Clinton, el gobernador de este último Estado.

Jefferson, al encargarse del ministerio de Negocios extranjeros, a su regreso de Paris, donde habia pasado cinco años, cuatro de ellos como embajador de los Estados Unidos, estaba empapado en las ideas revolucionarias francesas; y no entendiendo sino poco ó nada de asuntos de hacienda, vió en las disposiciones de Hamilton solo preparativos para acabar con la república y entronizar el régimen monárquico. Estas disposiciones habian dado lugar a innumerables especulaciones, en virtud de las cuales habia subido grandemente el valor de los bonos y otros papeles fiduciarios americanos y se habian hecho grandes fortunas, especialmente en los Estados del Norte, mas mercantiles que los del Sur; si bien, al mismo tiempo, se habian arruinado especuladores demasiado atrevidos. Esto dió lugar a que los enemigos de Hamilton le acusaran de connivencia con los especuladores, y no solo a él sino hasta al vice-presidente Adams y al mismo Washington. Haclaseles una guerra sorda en varios folletos y principalmente en el periódico la Gaceta Nacional (*National Gazette*), fundada en Filadelfia en otoño de 1791 por un tal Freneau, publicista distinguido del partido particularista, para hacer oposicion al periódico oficial del gobierno federal la Gaceta de los Estados Unidos (*United States Gazette*). Para el primer periódico escribió segun voz pública Jefferson, lo cual dió motivo a Hamilton a acusarle directamente de desleal y traidor a la constitucion y al gobierno de que formaba parte. Jefferson, que estaba ausente, se justificó en un escrito voluminoso en el cual trató de paso de probar la perversidad de su contrario el ministro de Hacienda. Este se justificó a su vez fácilmente, y el asunto quedó, al parecer, arreglado; pero Jefferson no por esto dejó de hacer la guerra, ya pública, ya ocultamente, a su colega, hasta que nuevos conflictos le determinaron, cansado ya de su cargo de ministro de Negocios extranjeros, a presentar su dimision, como lo hizo a fines del año 1793, retirándose despues a su hacienda de Monticello, en Virginia.

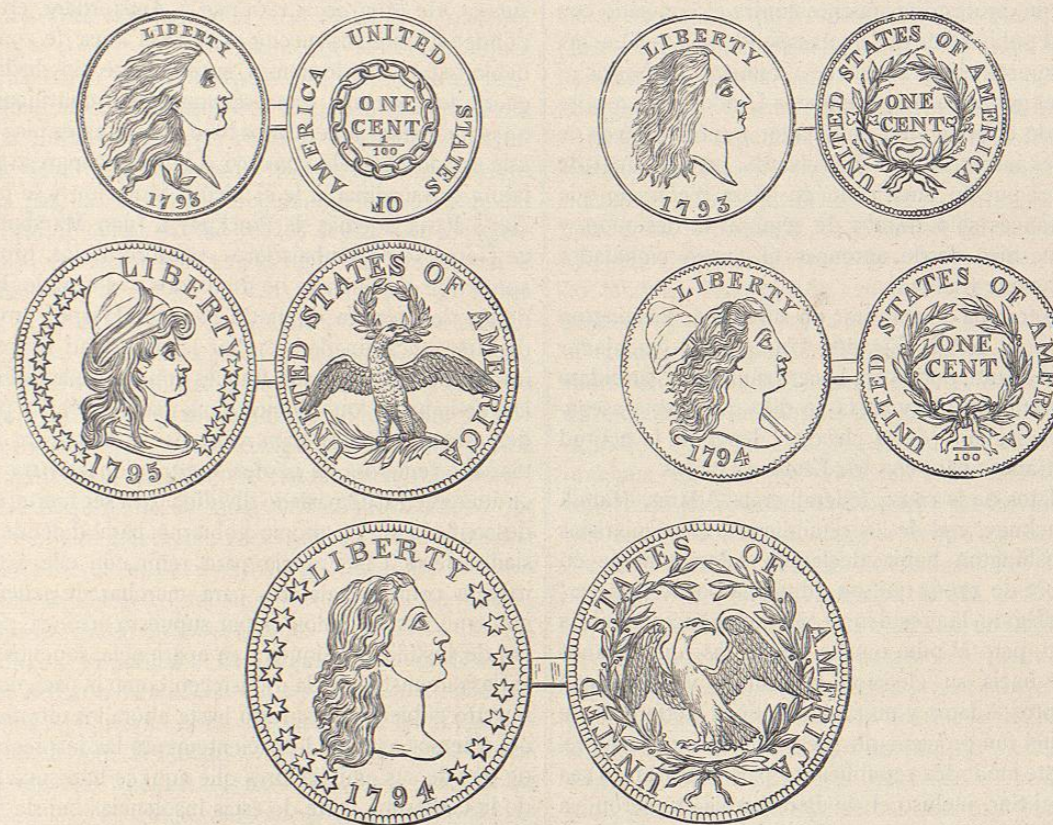
El conflicto fué originado por el gobierno francés, que al estallar la guerra entre Francia é Inglaterra, en 1793, envió a los Estados Unidos en calidad de embajador a un tal Ge-

net, hombre de talento pero republicano fanático. Este desembarcó el 9 de abril de 1793 en Charleston, y en seguida entró en relaciones y negociaciones con los republicanos particularistas. En su viaje a Filadelfia recibió en todas partes ruidosas muestras de simpatía, y su llegada puso a Washington en una situacion difícil, teniendo sus dos ministros desavenidos y el país dividido en dos partidos hostiles. Inglaterra y Francia pedian con urgencia una resolucion clara para saber a qué atenerse, y no admitian ambigüedades ni subterfugios respecto de la actitud de los Estados Unidos en la guerra entre aquellas dos naciones. Además, entre los Estados Unidos y la Francia existia un tratado de alianza defensiva, cuyo cumplimiento exigia Genet. Faltaba saber si este tratado, concluido entre la república americana y el rey de Francia, debia considerarse vigente tambien despues del cambio político ocurrido en Francia y cuya estabilidad nadie podia garantir. Washington salió del atoladero proclamando, en 22 de abril de 1793, la neutralidad de los Estados Unidos. Esta declaracion fué criticada apasionadamente por los republicanos particularistas, que estaban entusiasmados con los franceses y con su embajador Genet, el cual habló muy bien sobre la union de las dos repúblicas, pero comprometió descaradamente a los americanos haciendo armar buques en corso é instalando tribunales marítimos franceses en los puertos de los Estados Unidos, a pesar de su neutralidad. No contento con esto, organizó en la Luisiana una sublevacion contra la España y reclamó al gobierno de los Estados Unidos no solamente el pago de los plazos vencidos de la deuda sino tambien el de los por vencer. Tanto descaro abrió los ojos a los afrancesados fanáticos de los Estados del Sur, entre ellos Jefferson, el cual con su intervencion habia impedido que el procaz embajador francés, que habia llevado su insolencia hasta amenazar a Washington con apelar contra él al pueblo americano, recibiese desde luego la leccion que merecia. Entonces el mismo Jefferson no pudo menos de aprobar que se pidiera al gobierno francés el relevo de su embajador, a cuya reclamacion aquel gobierno cedió en efecto al instante, enviando un nuevo embajador mas prudente, llamado Fouchet, que restableció muy pronto las buenas relaciones entre ambos países y las simpatías a favor del suyo entre los republicanos particularistas de América. Entonces fué cuando salió Jefferson, aburrido, del ministerio. Washington, deseando no dejar al partido republicano particularista sin representacion en el gabinete, y a fin de dar una garantía de la neutralidad de su gobierno, sin conceder a los particularistas demasiada influencia, eligió por sucesor de Jefferson al fiscal general Randolph, que siendo de este partido no tenia, sin embargo, bastante importancia política para pretender la jefatura. Esto no impidió que las simpatías de Randolph por la república francesa le llevaran mas léjos que a su predecesor, bien que sin dar lugar a consecuencias peligrosas.

Las relaciones de los Estados Unidos con Inglaterra eran poco satisfactorias: las tropas inglesas continuaban ocupando los fuertes al Oeste de los Estados Unidos, y el gobierno inglés habia declarado que no evacuaria aquellas plazas hasta que los diferentes Estados hubiesen pagado los empréstitos hechos en Inglaterra. En cambio, muchos ciudadanos americanos pidieron indemnizacion por los esclavos que los ingleses les habian quitado durante la guerra. El gobierno inglés no habia querido entrar en ninguna clase de negociaciones, ni nombrar representante en los Estados Unidos hasta ver satisfechas sus reclamaciones; pero Washington consiguió con su prudencia y buen tacto que aquel gabinete consintiera en entablar relaciones diplomáticas y enviara un representante suyo a los Estados Unidos. Entre tanto

que se seguian las negociaciones, el gobierno inglés dejó subsistentes sus medidas coercitivas, que perjudicaban gravemente al comercio americano; y si bien suavizó algun tanto en 8 de enero de 1794 su decreto del 6 de noviembre de 1793, que prohibia en absoluto todo comercio con las Antillas francesas, quedaron tantas otras disposiciones perjudiciales para el comercio de los Estados Unidos, que este pidió a voces represalias y en general se discutió si era preferible una guerra abierta entre ambos países. El congreso votó en efecto varias represalias, pero el senado tuvo la prudencia de no aprobarlas, con lo cual se evitó una nueva guerra, que de otra manera habria sido inevitable. En esta situacion crítica decidióse Washington, siguiendo el consejo de Hamilton, a en-

viar a Inglaterra en calidad de embajador extraordinario a magistrado presidente del Tribunal Jay, no queriendo enviar al mismo Hamilton por no irritar demasiado al partido particularista. El senado aprobó la eleccion Jay, hombre prudente y hábil, se mostró a la altura de su mision y logró establecer un convenio entre ambas potencias el 19 de noviembre de 1794, en virtud del cual los ingleses evacuaron los fuertes que todavía tenian ocupados en el interior del continente del Norte, y se acordó que ambos países indemnizarian a los ciudadanos perjudicados por los buques de las respectivas naciones; que en caso de guerra no se confiscarian ni las deudas públicas ni las privadas contraidas entre ambos países; que el comercio entre las Indias Orientales y



Monedas de los Estados Unidos (1793-1795)

los Estados Unidos seria libre, y para los buques americanos que no pasaran de setenta toneladas lo seria tambien el de las Antillas inglesas, quedando, sin embargo, prohibida en las citadas Antillas la introduccion de cafés, cacao y algodon de los Estados Unidos.

Este convenio fué remitido a América, y llegó en 7 de marzo de 1795 a manos de Washington, que lo sometió al senado, si bien no estaba del todo conforme con algunos párrafos. El senado lo aprobó por mayoría de las dos terceras partes de votos, con exclusion del artículo relativo al comercio con las Antillas inglesas. Tambien este convenio fué causa de una lucha furibunda, por supuesto solamente en la prensa, entre los del Norte y los del Sur, entre federalistas y republicanos particularistas, entre los anglófilos y los afrancesados. En esta guerra publicó Hamilton en union con Jay y King nada menos que treinta y ocho folletos a favor del convenio. Los seis Estados de la Nueva Inglaterra habian declarado ya en 1793 que antes de romper con Inglaterra preferirian salir de la Union americana. La exactitud de los cálculos de los comerciantes del Norte quedó plenamente justificada por la experiencia, porque mientras la exportacion de los Estados Unidos a Francia fué en los años 1797, 1798

y 1799 respectivamente de 12.449,076, 6.968,996 y 2.780,504 pesos fuertes, importó la exportacion a Inglaterra 9.212,335, 17.184,347 y 26.546,987 pesos fuertes en los mismos años. Hamilton, cansado de tanta guerra y de tantos ataques, salió en 1795 del ministerio, pero salió vencedor, porque en 14 de agosto del mismo año ratificó Washington el convenio despues que el congreso, tras debates violentísimos, lo aprobó por 51 votos contra 48 y facilitó al poder ejecutivo los fondos necesarios para pagar las indemnizaciones estipuladas.

Washington calificó con razon este período como el mas difícil y penoso de su gobierno.

En Francia causaron naturalmente profundo disgusto la conducta de los Estados Unidos, su declaracion de neutralidad y su convenio con Inglaterra; por esto Washington, al primer indicio del deseo manifestado por el gobierno francés se apresuró a relevar a Morris, su embajador en Paris, no obstante que no tenia ningun motivo de queja contra él, y envió en su lugar a Jaime Monroe, gran admirador de la nacion francesa. Monroe fué recibido en Paris con gran ostentacion de amistad, y comprometió con su lenguaje entusiástico de fraternidad entre las dos repúblicas la neutralidad de su país,